

seda, hizo una trenza de ellos y la anudó por las dos extremidades. Presentando entonces uno de los extremos al joven y cogiendo ella el otro, tomó el medio de la trenza entre las tijeras y la cortó.

— Que los hilos de nuestras vidas sean así confundidos para siempre, y cortados reunidos, dijo la joven.

Y alargando [por la última vez al joven su frente blanca, llamó á la pobre anciana Anita, que aguardaba en la antecámara.

— Volved á conducir á este caballero por la puertecita del jardín, mi buena Anita, dijo á la vieja doncella.

Petrus la miró por la última vez con ojos á los que basó toda su alma, y siguió á Anita.

CAPÍTULO XII.

STABAT PATER.

La torre de Penhoel, último resto de un castillo feudal del siglo XIII, derribado durante las guerras de la Vendée, y que parecía el mismo, en lo que de él quedaba, haber sido injerto sobre una construcción romana; la torre de Penhoel estaba situada á algunas leguas de Quimper, á orillas de aquella parte del Océano que se llama *el mar salvaje*. Colocada en la cumbre de una roca enterrada entre los enebros y los helechos, dominaba las olas atlánticas como un nido de águila, y parecía colocada allí como un centinela avanzado encargado de señalar las velas que aparecían en el horizonte.

Del lado opuesto al Océano, es decir, del lado del Este, y por consiguiente sobre el camino de Quimper, el sitio que se tenía delante de los ojos no carecía de cierto aspecto pintoresco relativo, en su monotonía y su uniformidad.

En efecto, imagínese el lector en una llanura sembrada de colinas y completamente deshabitada, una larga avenida de pinos marítimos, que terminaba en una aldea invisible, situada como estaba en una especie de barranco, y que denunciaba su presencia sólo por espirales de humo que subían al cielo como fantasmas azulados y desmeledados.

Esta aldea era la de Penhoel, de la que era en otro tiempo soberana aquella torre aislada que hemos intentado describir.

El conjunto del paisaje parecía á una inmensa catedral, cuya bóveda hubiera sido el cielo, la gran calle de pinos, las columnas, la torre y el altar.

Aquel humo azulado que subía al cielo, era el incienso que se quemaba bajo su pórtico.

Lo que añadía un no sé qué de pintoresco á aquel cuadro, era un personaje que estaba en la cumbre de la torre, apoyado en el parapeto, en pie é inmóvil, un personaje, que se le hubiese tomado por una estatua de granito, si el viento del Oeste, que soplaba como una brisa aguda, no hubiera hecho flotar sus cabellos blancos.

Este personaje era un hermoso viejo, todo vestido de negro, que volvía la espalda al mar y hundía en la calle inmensa una mirada, oscurecida de vez en cuando por las lágrimas que secaba con un pañuelo.

Aquel movimiento fué, por lo demás, el único que hizo.

En cuanto á las lágrimas, las causaba una profunda tristeza, que las hacía salir silenciosamente del corazón, ó causadas sólo por aquella brisa aguda como la que azotaba el rostro de los centinelas de Hamlet, sobre la plataforma del castillo de Elsenaur.

Una sola palabra indicará el origen de las lágrimas que obscurecían los ojos del anciano.

Aquel viejo era el padre de Colombán, el conde de Penhoel.

Era la mitad del mes de Febrero poco más ó menos.

Tres días antes había recibido la carta de Colombán, carta que le anunciaba la muerte de su hijo único.

El padre aguardaba el cadáver de su hijo.

Hé aquí por qué sus ojos estaban tan obstinadamente fijos sobre aquella calle de pinos que conducía á la aldea de Penhoel. Por aquella calle de pinos debía venir el cuerpo de Colombán.

Al lado del conde ardían los restos de un fuego, consumido en sus tres cuartas partes.

El que hubiera visto aquella gran figura, triste, inmóvil, muda, los cabellos flotando al viento, las lágrimas en los ojos, no hubiera podido menos de pensar en aquel viejo griego de Argos, que colocado en la cima del terrado del palacio de Agamemnón, aguardaba hacia diez años que un fuego encendido sobre la montaña le indicase la toma de Troya.

Pero esta vez, el que estaba allí era el amo y no el servidor porque bien pronto éste apareció.

Era él también un viejo de barba gris, largos cabellos, ancho sombrero, que llevaba el traje tradicional de la Bretaña. Sólo que el traje era negro como el de su amo.

Trajo una porción de leña de pino, con la que contaba sin duda reanimar el fuego.

Se acercó al viejo hidalgo, le miró un instante, puso una rodilla en tierra, dejó su carga de leña sobre la plataforma, volvió á levantar la cabeza para mirar otra vez á su amo; lanzó algunas ramas en el fuego, que chisporroteó; en seguida, viendo que el conde de Penhoel, extraño á todo lo que cerca de él pasaba, permanecía inmóvil como la estatua del dolor:

— Os conjuro, mi buen señor, le dijo, á que bajéis, aunque no sea más que una hora, y yo velaré en vuestro lugar. He hecho un gran fuego en vuestro cuarto y he preparado vuestro desayuno. Si queréis no dormir y permanecer así expuesto al frío, tomad al menos fuerzas contra la vigilia y la brisa.

El conde no respondió.

— Monseñor, insistió el viejo servidor acercándose á su amo, pronto hace cuarenta y ocho horas que no habéis tomado ni reposo ni alimento, sin contar que no os inquietáis más por el frío, que si estuviésteis en el mes de Junio.

Esta vez pareció el conde darse cuenta de que su viejo servidor estaba allí, porque le dirigió la palabra, sin responder, sin embargo, á lo que le decía.

— ¿No oyes á lo lejos el ruido de un carruaje en el camino de París? preguntó.

— No, mi bueno y querido señor, respondió el viejo criado. Yo no oigo más que la mar que rueda y el viento del Oeste que gime en los pinos. Es malo permanecer aquí con la cabeza desnuda á este viento de la mañana. Os suplico, pues, mi querido señor, que entréis.

El conde dejó caer su cabeza sobre el pecho, como si

aquella cabeza se doblase bajo el peso de un recuerdo.

— ¿Te acuerdas, Hervey? continuó prosiguiendo siempre su sombrío pensamiento, ¿te acuerdas de él, Hervey? cuando vino al mundo, cuando su madre me le dió como una bendición visible del cielo que bajaba sobre mi casa; hacia ya cinco años que tú estabas con nosotros.

— ¡ Sí, monseñor, me acuerdo! dijo el viejo Hervey con voz sofocada.

— Un día (el niño tenía tres años) se le paséaba en lo alto de la torre, desde donde mirábamos *el mar salvaje*; el mar estaba en uno de sus días de cólera; la que le paséaba era su antigua nodriza, que se había convertido en su aya. Había llevado el niño allí, no para distraerle, sino con la esperanza de ver de lejos la barca de su marido que era pescador. La condesa, que buscaba por todas partes á su hijo, subió hasta aquí, y viendo el viento tempestuoso que soplabá en los rubios cabellos del niño, dijo:

— Pero, nodriza, noijas la atención en el niño. Mira que va á tener frío; piensa que no tiene más que tres años.

Pero la nodriza, paisana robusta, acostumbrada á componer en todos tiempos las redes de su marido á orillas del mar, respondió:

— Y mi chiquitín, que no tiene más que cuatro años, y ya está en el mar con su padre (porque yo cuido el vuestro, señora condesa, y no tengo criados para guardarle), ¿creéis que no tiene frío también?

Y la pobre mujer intentaba divisar la barca de su marido á través de las olas y la bruma.

Entonces, tú te volviste, y le dijiste:

— Juana, ¿no os da vergüenza comparar á vuestro hijo con el de la señora condesa; vos, que no sois más que una

desgraciada paisana, mientras que la señora condesa es una gran señora?

Pero ella respondió:

— Es posible, Hervey, que la señora condesa sea una gran señora, y que yo no sea más que una pobre paisana; pero lo que sé es, que Jenny es mi hijo, como Mr. Colombán es hijo de la señora condesa. Tal vez haya diferencia ante Dios entre los rangos de dos hijos; pero de seguro no la hay entre los corazones de dos madres.

— Y tú ves, Hervey; el hijo de la nodriza ha muerto, y mi hijo ha muerto también. Ves que no había diferencia entre ellos, puesto que los dos eran mortales.

Era la condesa quien no tenía razón, y la nodriza quien la tenía, y la muerte los ha hecho iguales.

— ¡ Pobre amo mío! murmuró Hervey al oír aquellas palabras melancólicas del viejo caballero, al que el dolor daba una lección de igualdad.

— Algunos años después, continuó el pobre padre reanudando en su espíritu cuantos dulces recuerdos de otro tiempo, cuantos amargos recuerdos de hoy le traía á la memoria la localidad; algunos años después, ¿te acuerdas? (tenía entonces diez años), tú estabas también ahí, porque nunca nos has dejado, mi buen Hervey; quería una escopeta el pobre niño, y tú le dabas la tuya, tu vieja escopeta de las guerras civiles, cuyo cañón subía medio pie por encima de su cabeza.

Hervey lanzó un suspiro y levantó los ojos al cielo.

— ¿Te acuerdas, Hervey, cuando teniendo aquella escopeta en sus pequeñas manos, te suplicaba que le enseñases el ejercicio? Pero tú no quisiste. Él lloró, se incomodó, se irritó, y tú le dejaste llorar y encolerizarse, diciéndole: « Monseñor, un caballero como vos no debe

aprender á manejar más que la espada. » En vez de manejar la espada ha manejado la pluma ; en vez de enviarle á la escuela politécnica le ha enviado á estudiar derecho. No pudiendo hacer de él un oficial, puesto que no había guerra, quise hacer un ciudadano. La guerra le hubiera respetado tal vez, como nos ha respetado á nosotros ; la paz le ha cogido, y me le ha muerto.

— No os detengáis en todos esos tristes recuerdos, mi digno señor, dijo Hervey.

— ¡ Tristes recuerdos ! recuerdos de mi Colombán, ¿ llamas á eso tristes recuerdos ? Al contrario, hablemos de él. Si no hablásemos de él, ¿ de quién hablaría yo ? Si no hablase de él, el silencio me roería, como el óxido roe hoy esa vieja escopeta, con la que él jugaba entonces.

— ¡ Hablad, pues, de él, mi querido señor, hablad de él !

— Pues bien, ¿ te acuerdas del día en que llegó á sus doce años ? Le llevábamos recogidos los dos llenos de fe y de esperanza, á través de aquella calle de pinos cubierta de rosas, como hoy lo está de nieve. Aquel día era el de su primera comunión, y allá abajo los otros niños le esperaban en la capilla de la aldea, porque era él quien debía pronunciar los votos del bautismo. ¡ Qué aire tan grande tenía, á pesar de su pequeña talla ! Mira, aun le veo allí, á la derecha, en el árbol vigésimocuarto (los habíamos contado) ; había allí un pedernal que le hizo tropezar. Se le escapó el cirio que tenía en la mano, y se le apagó. Entonces se puso á llorar el pobre niño. ¿ Quién me hubiera dicho en aquella época que debía tropezar así en la vida, y que la antorcha de su existencia debía extinguirse antes de los veinticuatro años ?

— ¡ Oh ! señor, señor, exclamó Hervey derramando lá-

grimas, ¡ os desgarráis las entrañas con vuestras propios manos !

— Pronto llegó á los quince años, repuso el conde de Penhoel, que, como había dicho, traía á la memoria sus menores recuerdos con una dolorosa voluptuosidad. Un día le refirió la historia de Milón de Crotona ; me acuerdo de su sonrisa al oír la historia de la encina hendida desde luego, pero que al volverse á unir, cogió las dos manos del terrible atleta. Me dejó, salió y divisó un árbol, dos veces más grueso que él. Era un sauce ; saltó al tronco, que estaba horadado, y arqueándose como otro Milón, hizo tanto con los pies y con las manos, que hendió el árbol en dos, como hubiera hecho con una manzana. Yo le había seguido y le miraba obrar sin que él supiese que yo estaba allí. Al oír chasquear el árbol, me pareció que se rompían los huesos de mi hijo. Si, era fuerte como aquel antecesor nuestro á quien se llamaba Colombán el fuerte. Pero, ¿ de qué sirve la fuerza, mi buen Hervey, y qué se han hecho aquellas piernas de hierro y aquellos brazos de acero ? La muerte les ha tocado, y los ha roto como un niño rompe los hilos de tela de araña que vuelan por septiembre en nuestras llanuras. ¡ Muerto ! ¡ muerto ! ¡ mi hijo ha muerto !

Pero aquella fuerza, cuya vanidad comprobaba el viejo hidalgo, y de la que él mismo era el tipo vivo en aquella lucha espantosa que sostenía contra el dolor ; aquella fuerza le faltó al pobre Hervey, que cayendo de repente de rodillas á los pies de su amo, exclamó :

— ¡ Dios mío ! ¿ de qué modo castigaréis á los malos, si los buenos reciben semejantes heridas ?...

El conde de Penhoel miró al viejo servidor, y abriéndole los dos brazos :

— Abrázame, Hervey, le dijo solemnemente: esta es

la única manera con que puedo darte gracias de tu dolor.

Hervey levantó la cabeza, y como un niño que con el corazón hinchado se precipita sobre el pecho de su padre, se dejó caer en los brazos del viejo caballero, y permaneció un instante así estrechamente enlazado con él.

Pero meneando la cabeza el desgraciado padre, continuaba estrechando á Hervey en sus brazos.

— ¡ Qué ingratos son los hijos ! mi querido Hervey ; un padre pasa la más hermosa, la mejor parte de su vida en cuidarlos, en velar por ellos, en hacerlos hombres. Hay para esta carne de su carne, para estos huesos de sus huesos, los cuidados atentos que tendría con una planta delicada. Sigue como un jardinero anhelante los progresos de los botones, el desarrollo de las hojas, la abertura de la flor. Á la vista de esta flor fresca y embalsamada de la infancia, se regocija con la esperanza de lo que serán frutos de la juventud... luego, una mañana llega una carta cerrada de negro, que dice al padre : « Padre, no he tenido fuerza para soportar esta vida que me habías dado, y me mato. Vive, si puedes, después de esto. »

— Dios nos lo había dado, Dios nos lo ha quitado. Bendigamos á Dios, señor mio, dijo el viejo servidor con cierta exaltación religiosa, que se encuentra aun en nuestros días en esta población primitiva de la antigua Bretaña.

— ¡ Qué hablas tú de Dios ! exclamó el anciano caballero con soberbia altanería. Cuando la quinta de tu padre, cuando todos los frutos de su despensa, cuando todos los granos de sus granjas, cuando todos los animales de sus establos y sus caballerizas, cuando todo lo que tu padre, en fin, viejo de noventa años, había reunido en cincuenta años de trabajo, ha sido consumido hace diez y ocho meses por una arista de paja inflamada, ¿ crees que tu padre ha ben-

decido á Dios, Hervey ? Cuando la *Mariana*, en el momento de volver á entrar en el puerto, ha encallado allí entre las rocas, hace seis meses, delante del astillero donde había sido construida, después de un largo y peligroso viaje á la India, tragando con su cargamento, sus diez y ocho marineros y sus ciento veinte pasajeros, ¿ crees que han bendecido á Dios los que bajaron al abismo ? Cuando hace seis semanas, el Loire se ha desbordado, llevándose las ciudades, las aldeas y las cabañas, ¿ crees que han bendecido á Dios los que, subidos sobre sus techos, pidiendo perdón y misericordia á Dios, han sentido sus casas vacilar, henderse y anegarse debajo de ellos ? ; No, Hervey, no ! Han hecho como yo, han...

— ¡ Cuidado, mi querido señor, exclamó Hervey, vais á blasfemar !

Pero aun antes que el anciano servidor hubiese pronunciado estas palabras, el conde de Penhoel había caído de rodillas, exclamando á su vez :

— ¡ Señor ! ; Señor ! ; perdonadme ! Veo venir allá abajo el cuerpo de mi hijo.

Y en efecto, á la extremidad de la gran calle de pinos del lado donde hemos dicho que subían al cielo los humos de la aldea de Penhoel, se veía avanzar, entre la nieve del camino y el fondo gris del cielo, un cortejo fúnebre, á cuya cabeza marchaba un monje, vestido con un hábito de lana blanca y negra, que tenía elevada en sus manos una gran cruz de plata.

Detrás de él venía un féretro, sostenido por cuatro hombres que lo llevaban, y detrás de estos unas cincuenta personas, hombres y mujeres, los hombres con el sombrero en la mano y las mujeres encapuchadas en sus cogullas negras.

Hizo el hidalgo una corta plegaria ; en seguida, levantándose :

— Lo que Dios hace, está bien hecho, dijo al viejo servido : Hervey, vamos á recibir al último descendiente de los Penhoel, que entra en el castillo de sus mayores.

Y con paso firme bajó la escalera y avanzó con la cabeza siempre descubierta hasta el umbral de la puerta principal de la torre, que daba á la avenida de pinos.

CAPÍTULO XIII.

EL DE PROFUNDIS Á ORILLAS DEL MAR.

Cuando el conde de Penhoel, seguido de su viejo servidor, llegó al umbral de la puerta de la torre, el cortejo fúnebre había ya recorrido las dos terceras partes de la avenida, y se comenzaban á oír las notas más altas del salmo lúgubre cantado por el sacerdote, y repetido por los que le seguían.

Á la primera percepción de aquellas notas, Hervey se arrodilló, pero el conde permaneció en pie.

Repetía por lo bajo el canto mortuario, que parecía expirar entre los labios de Hervey.

Cuando el sacerdote no estuvo más que á veinticinco pasos del castillo, hizo éste una señal á los que llevaban el ataúd, para que se detuviesen.

Detrás de ellos se detuvieron los paisanos.

El cortejo permaneció inmóvil, los cantos cesaron.

Destacóse el sacerdote del cortejo y avanzó hacia el conde.

Este intentó dar algunos pasos hacia él ; pero le fué imposible despegar los pies del suelo.

Hervey vió lo que pasaba en el interior de su amo, en la palidez que cubría su frente.

Hizo un movimiento para ayudarle á arrancarse de aque puesto, donde parecía petrificado, y para sostenerle si era necesario. Pero su amo le hizo con la mano seña de que permaneciese en su sitio.

Había ya levantado una rodilla y la volvió á poner en tierra.

El monje, mientras tanto, había franqueado la distancia que le separaba de la puerta. En el umbral de aquella puerta había visto un hombre, y en la palidez del rostro de aquel hombre había reconocido al padre de Colombán.

— Señor, dijo, he acompañado desde París hasta aquí el cuerpo del vizconde de Penhoel y le traigo al castillo de sus antecesores.

— Bendiga Dios la mano piadosa que trae un hijo á su padre, respondió el anciano caballero, inclinándose ante la doble majestad de la religión y la muerte.

El sacerdote hizo una seña.

Los cuatro hombres que llevaban el ataúd avanzaron lentamente.

Dos hombres que llevaban caballetes les seguían.

Colocaron los caballetes en tierra ; los que llevaban el féretro lo pusieron sobre los caballetes, y todos juntos volvieron á entrar en el grupo, en el que se perdieron.

El abate Domingo, porque era él, y nuestros lectores lo han reconocido sin duda, hizo una nueva seña ; el cortejo se acercó y se formó en semicírculo en torno del ataúd, al que envolvió arrodillándose.

Parecía que todos los miembros de aquella piadosa reu-

nión se entendían, para ocultar al padre los dolorosos detalles de todo aquel aparato mortuario.

El conde y el sacerdote eran los únicos que permanecían en pie.

El conde, cuyos ojos se habían fijado desde luego en el féretro, los había separado de él con pena, y parecía inspeccionar los unos después de los otros, hasta los menores personajes del cortejo, como si no reconociese entre ellos á los que él esperaba encontrar allí.

Al fin, dirigiéndose al abate Domingo, le dijo:

— Caballero, os he dado ya gracias por lo que habéis hecho por mi hijo y por mí, y os las doy de nuevo. Pero, ¿por qué no está con vos el cura de Penhoel?

— Le he suplicado que acompañase el convoy, y ha rehusado, respondió el monje.

— ¿Ha rehusado? exclamó el conde atónito.

El monje se inclinó.

— ¿Y desde cuándo el cura de la aldea de Penhoel rehusa orar por el reposo del alma de los condes de Penhoel?

— El vizconde Colombán de Penhoel ha muerto de muerte violenta, respondió el abate Domingo, y él mismo atentó contra sus días.

— [Sí, padre mío, respondió el viejo caballero. Pero cuanto más extraviado ha sido el pobre niño, más necesita que se implore sobre él la misericordia divina. Si no ha muerto como buen cristiano, estoy seguro de que ha muerto al menos como hombre honrado.

— Lo sé, señor conde.

— ¿Y cómo lo sabéis?

— Era su amigo, y su última voluntad fué que yo cumpliera la misión que me trae aquí.

— Entonces, ¿venís solo á título de amigo?

— Á título de amigo y de sacerdote, señor conde.

— Pero os exponéis á la cólera de vuestros superiores, padre mío.

— Yo no temo más que la cólera de Dios, señor conde.

— Separadla, pues, de la cabeza de mi hijo, caballero, é invocad para él toda la mansedumbre del Señor.

El sacerdote se inclinó, y volviéndose hacia el lado del féretro entonó el *De profundis clamavi ad te* con voz tan firme y tan sonora á la vez, que su canto debió subir hasta el pie del trono del Eterno.

— *De profundis clamavi ad te*, repitió la multitud con toda la fuerza de su voz.

— *De profundis clamavi ad te*, murmuró el conde de Penhoel.

En seguida, concluido el canto fúnebre, todo el mundo se levantó.

El abate Domingo avanzó hacia el anciano caballero.

— Señor conde, dijo, ¿dónde queréis que depositemos los restos mortales de vuestro hijo?

— ¿No tiene mi familia su cueva fúnebre, su panteón en el cementerio de Penhoel? preguntó el conde.

— El cementerio de Penhoel está cerrado, y el guardián ha rehusado abrirlo.

— ¿Y desde cuándo, preguntó el viejo, el cementerio de Penhoel está cerrado para los condes de Penhoel?

— Desde que devuelven á Dios, antes del día señalado para su muerte, la vida que les había dado, respondió dulcemente el abate Domingo.

— Si es así, padre mío, tened á bien seguirme, dijo el anciano caballero con voz firme y enderezándose orgullosamente, mientras que Hervey iba á tomar su puesto detrás del féretro.

Los cuatro hombres que llevaban el ataúd, á una seña del abate Domingo, salieron de las filas y volvieron á cogerlo, y el cortejo fúnebre, precedido del monje, y llevando á la cabeza al conde de Penhoel, se puso lentamente en marcha.

Dióse vuelta á la torre; se doblaron las ruinas del viejo castillo, subieron la última arista de la roca, y se encontraron sobre la vertiente occidental del derrumbadero, en frente del inmenso Océano.

Las olas eran negras y altas, el viento soplaba haciendo flotar los cabellos del anciano.

Ningún horizonte, mejor que el que se descubría á las miradas de los que precedían ó seguían el féretro del joven, podía dar una idea del poder y la cólera de Dios.

Sólo que aquel poder infinito, aquella cólera inmensa, que podían sublevar las olas del Océano y hacer chocar en el cielo las nubes; esos carros que llevan las tempestades, ¿tenían por objeto esas cuestiones miserables que debaten en conclave algunos cardenales desocupados?

Eso es lo que el abate Domingo, aquel gran corazón y aquel gran talento, no pudo admitir, cuando se desarrolló delante de él el gigantesco espectáculo.

Una sonrisa amarga pasó por sus labios; sus ojos se fijaron sobre el féretro, donde dormía aquel cadáver inerte é insensible, y una sola cosa le pareció tan infinita, como aquel poder, tan inmensa como aquella cólera de Dios.

El dolor de aquel padre.

Detúvose el conde enfrente de un montecillo de arena rodeado de helechos y enebros:

— Aquí es, dijo, donde deseo que se déposite el cuerpo de mi hijo.

Los que llevaban el féretro hicieron alto de nuevo, se

colocaron los caballetes como á la puerta de la torre, y el féretro se puso á través sobre ellos.

El hidalgo miró en derredor de sí: buscaba al sepulturero; pero el sepulturero había recibido del cura de Penhoel orden de no seguir el convoy.

— Hervey, dijo el conde, ve á buscar dos azadas.

Cinco ó seis paisanos se precipitaron hacia el castillo. El conde levantó la mano.

— Dejad ir á Hervey, dijo con un gesto de mando.

Todos se detuvieron; solo Hervey bajó con toda la rapidez que le permitía su edad, y desapareció por una vieja porterna, abierta en un muro que aun estaba en pie.

Un instante después reapareció con las dos azadas.

Los paisanos quisieron apoderarse de ellas.

— Gracias, hijos míos, dijo el conde. Esto nos pertenece á Hervey y á mí.

Y cogió una azada de manos del viejo servidor.

— Vamos, mi buen Hervey, preparemos su último lecho al último de los condes de Penhoel.

Y se puso á horadar la tierra.

Hervey siguió el ejemplo que se le daba.

Ni uno de los asistentes pudo contener las lágrimas, al ver aquellos dos ancianos con la barba y cabellos al viento, abriendo la fosa de un niño que el uno había engendrado y el otro mecido en sus brazos.

Domingo, con los ojos perdidos entre aquellos dos infinitos, el cielo y el Océano, con los brazos cruzados sobre el pecho, inmóvil, sin voz, sin lágrimas, permanecía en pie y como en éxtasis.

El bello monje, con su extraño traje, parecía estar allí para completar el drama pintoresco y poético, en el que un Dios elemento le había distribuido providencialmente su papel.

La fosa se abría rápidamente en aquel suelo pulverizable, y pronto tuvo cinco ó seis pies de profundidad.

Uno de los que habían conducido el ataúd había llevado cuerdas, que se pasaron por debajo del féretro bajándole al fondo de la fosa.

Se buscó agua bendita.

Domingo divisó, en la excavación de una roca cercana, un charco de agua, brillante como un espejo.

Fué á la roca, pronunció encima de aquella agua las palabras sacramentales, rompió una rama de pino que formaba un hisopo natural, empapó aquella rama en el agua, y acercándose á la fosa roció el ataúd, diciendo:

— En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo te bendigo, hermano mío, y llamo sobre ti la bendición del Señor.

— Así sea, respondieron los asistentes.

— Dios que conocía tu designio, podía sólo detener tu brazo y romper tu voluntad, continuó el monje; Dios no ha querido. Perdón y bendición sobre ti, hermano mío.

— Así sea, dijeron en coro los asistentes.

El monje continuó:

— Yo te he conocido sobre la tierra. Puedo, pues, decir á esos niños del mismo país que tú, que no has desmerecido su afecto. Eras un digno hijo de la Bretaña; tenías todas las varoniles virtudes que sus hijos toman de aquella digna madre. Tenías nobleza, fuerza, grandeza y belleza. Has desempeñado tu papel aquí abajo, y aunque menor de veinticuatro años, tu vida ha sido un sacrificio, como tu muerte ha sido un martirio. Te bendigo, pues, hermano mío, y pido á Dios que te bendiga como yo lo hago.

— ¡ Así sea! dijo la multitud.

El abate sacudió de nuevo la rama de pino, y la pasó al conde de Penhoel.

Este, en pie al borde de la fosa, recibió la rama de manos del monje, dirigió en torno suyo una suprema mirada de tristeza, de orgullo y de desdén.

En seguida, con voz sorda al principio, pero que poco á poco subió á las notas más altas, dijo:

— ¡ Oh! abuelos míos, que en vuestras luchas de gigantes, habéis regado con vuestra sangre generosa todos los granos de esta arena, ¿ qué decís de esto, abuelos míos?

¿ Merecía esto la pena de ser de una raza de conquistadores? ¿ Merecía esto la pena de tomar á Jerusalén con Godofredo de Bouillón, á Constantinopla con Balduino, á Damiette con San Luis? ¿ Merecía la pena de sembrar vuestros cadáveres por todos los caminos que conducen al Calvario, para que por sacerdotes cristianos se negase una sepultura cristiana á vuestro último descendiente?

¡ Oh! ¡ abuelos míos! con la sombra de vuestras virtudes, como una gran encina con la sombra de sus ramas inmensas, habéis cubierto toda la Bretaña! ¡ y hé aquí que á vuestro vástago se le niega un rincón de esa tierra, á que dabais sombra!

¡ Oh! ¡ abuelos míos! no es cosa de sentir una gran tristeza y una compasión profunda, al ver rehusar á este noble joven, que era mi hijo único y muy amado, la entrada en el panteón de sus padres, cuando tal vez Dios, menos severo que los hombres, no le habrá negado la entrada en el cielo!

¡ Oh! ¡ abuelos míos! os conjuro á que decidáis si este último Penhoel es indigno de reposar al lado del resto de la familia. Reuníos en consejo, sombras augustas y serenas; en el mundo que habitáis, llamaos por vuestros nombres,

desde Colombán el Fuerte, que murió en las llanuras de Poitiers, rechazando á los sarracenos en 732, hasta Colombán el Leal, que llevó en 1793 su cabeza al cadalso, y murió gritando : ¡ Gloria á Dios en el cielo, paz á los hombres de buena voluntad en la tierra ! Reuníos y juzgadme, vosotros los únicos jueces que reconozco. Juzgad á aquel cuya fosa acabo de abrir, al que acabo de depositar en esta tierra ; á aquel, en fin, cuyo féretro riego con agua del cielo, conservada por el Señor en los agujeros de una roca.

Yo que no soy su juez, yo que soy su padre, le perdono y le bendigo.

Y al concluir estas palabras, sacudió la rama de pino encima de la fosa y quiso pasarla á Hervey ; pero esto era más que lo que el pobre padre podía soportar ; su rostro se cubrió de una palidez mortal, su voz expiró en su garganta, un grito desgarrador se escapó de su pecho, y cayó sobre la arena, como una encina rota por un rayo.

CAPÍTULO XIV.

LA COMIDA MORTUORIA.

Un cuarto de hora después de la escena que acabamos de referir, sin tener la pretensión de pintarla, Hervey hacía entrar á todos los personajes que habían seguido al convoy, en lo que era en otro tiempo sala de guardias, inmensa pieza circular iluminada por ventanas con vidrios de color, y donde brillaban en la sombra los blasones, los escudos.

las armaduras, las banderas y las espadas de los antiguos señores de Penhoel.

Sólo el monje faltaba : se comprendía que había quedado cerca del viejo conde, menos tal vez para cuidar de él, que para hablarle de Colombán y darle sobre la muerte de su hijo único detalles que aun ignoraba.

Arrimáronse á la pared.

La conversación tuvo lugar, primero en voz baja ; luego, al poco tiempo, en voz un poco más alta. En fin, el decano de la sociedad, anciano, de cabellos blancos, que podía tener noventa años, y que había conocido los cinco últimos condes de Penhoel, refirió lo que había oído referir á sus antecesores y lo que éstos sabían de sus abuelos ; es decir, las hazañas de los diez últimos condes.

En seguida, una anciana tomó la palabra á su vez, y lo mismo que el hombre había referido las hazañas de los condes, enumeró las virtudes de las condesas.

Así pues, esperando al señor, respecto á cuya salud la presencia de Hervey tranquilizaba á los asistentes, cada cual hacía lo que podía para alabar grandemente aquel pasado de diez siglos, cuya grandeza había heredado el presente.

Y cada relación, como una máquina eléctrica, hacía brotar una centella de todos los corazones, una lágrima de todos los ojos.

El viejo Hervey iba de uno á otro, apretaba cordialmente la mano de los asistentes, y uniendo un relato á otro, refería á su vez los acontecimientos que había oído referir, y aquellos de que había sido testigo. Pero cuando llegó á su joven señor, cuando intentó referir desde su primer grito hasta su último suspiro, la infancia pura y serena, la juventud tumultuosa y agitada del pobre Colombán, brotaron sollozos de todos los pechos.